

# ESTIGIA

MAURO DE GIUSEPPE

**Dinastía**

De Giuseppe, Mauro  
Estigia – Mauro De Giuseppe -1a ed. -Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Dinastía 2022.  
344 p. ; 21 x 15 cm.  
ISBN 978-987-48636-7-6  
1. Cuentos. I. Título.  
CDD A863

1a edición argentina: julio de 2022.

Título: Estigia

Autor: Mauro De Giuseppe

Dinastía Editorial

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-987-48636-7-6

Impreso en Elías Porter Talleres Gráficos,  
Plaza 1202, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.  
en el mes de julio de 2022

[Imprenta@porter.com.ar](mailto:Imprenta@porter.com.ar)

Queda prohibida la reproducción total o parcial así como su almacenamiento o fotocopiado mediante cualquier sistema electrónico o mecánico sin la debida autorización del autor o de la editorial.

## PRÓLOGO

En todas las culturas detallan que tanto el Paraíso como el infierno tenían un lugar físico y geográfico específico, o por lo menos lo que eran sus puertas.

Los Campos Flégreos, (a 9 kilómetros de Nápoles y cuyo nombre significa "sin aves") están al borde de un lago y un volcán llamado Averno. El poeta Virgilio situó en él la boca del inframundo. Otra posible puerta está en Hierápolis, hoy Pamukkale, en Turquía. Allí hay una cueva llena de dibujos rituales a la que el poeta Estrabón describe como una de las puertas al infierno. Para los hebreos y musulmanes en cambio el Valle de Hinnom era la entrada al inframundo. El monte Osore en Japón es otra famosa puerta, El volcán Hekla ubicado en Islandia es donde dicen que estuvo prisionero el mismísimo Judas, solo por nombrar las entradas más reconocidas.

En lo que hoy comprende Argentina y las distintas culturas que llegaron a habitarla, situaron la morada del dios del mal (Gua-lichú) al sur de lo que hoy es el Cerro Ventana, Provincia de Buenos Aires. Pero llamativamente la puerta de entrada al infierno, (que es lo que nos lleva a esta curiosa recopilación de historias) estaba situada unos kilómetros más al sureste. Precisamente entre el río "la nutria mansa" y el río "del pescado".

Hoy en día, en esa vasta ubicación que se precisa en el mapa se encuentra un solo pueblo rodeado de la más inquietante soledad. Su nombre es "Constancia" y llegó a tener hasta 4000 habitantes en épocas del ferrocarril. El misterio reina en este pueblo de

paisajes lúgubres donde acechan la desgracia y la desidia. Seremos testigos de sucesos tan imponentes como extraordinarios. Entre el silencio, los carteles oxidados de publicidad y una iglesia en ruinas, emergen historias de venganza, desapariciones, heroísmo, persecuciones, amores y demencia. Constanica les da la bienvenida, procuren estar alerta...



## **PRIMERA FUNDACIÓN DEL PUEBLO DE CONSTANCIA**

Entonces el héroe atraviesa el infinito país del sur, va en busca del enemigo predestinado. Sabe su oficio: demonio. Sabe que es imprescindible vencerlo, pues ha matado tramposamente a su padre cuando él apenas era un niño curioso. Lo persigue de ciudad en ciudad, siempre con atraso.

Una noche mientras comía tranquilo en el interior de un monte, cree que el demonio se acerca sigiloso para apuñalarlo por la espalda. Con un movimiento rápido desenvaina su facón y lo degüella. El héroe reconoce que el agonizante no es su enemigo, no es un fiero demonio, sino más bien un campesino, un indio tal vez.

Otro día, en otro paraje, un comerciante lo invita amistosamente a almorzar a su casa. El héroe cree ver en la comida una artimaña de su enemigo, lo intuye también espiando sigiloso detrás de unas cortinas. Simula llevarse el alimento a la boca pero con la otra, su mano más hábil, lanza certero su facón al pecho de su anfitrión. Rápidamente revisa toda la casa sin encontrar rastros del demonio. Solo encuentra un niño petrificado de impotencia y terror, era el hijo del comerciante muerto, tiene que huir.

Otro día, otro año, en una ciudad conocida por la destreza de sus habitantes en el manejo del acero, hay una situación confusa con una mujer y un militar borracho. El héroe interviene y este lo desafía con un duelo a cuchillos. En aquel lugar los duelos suelen ser a muerte y el precio de rechazarlos es también la

muerte o el destierro. Nuestro héroe no tenía intenciones de permanecer más tiempo en aquella ciudad, pero de todas formas aceptó el duelo de buena gana. Iniciado el combate, nuestro héroe reconoce en el militar desafiante la misma técnica con su poncho para defenderse, esa misma que una vez usó el demonio para matar a su padre. También reconoce aquel mismo facón. La habilidad del militar para manejar ese acero era superior a la suya. Le atraviesa su espíritu el espanto de haber encontrado al fin a su enemigo, pero cuando no lo buscaba. Así, el héroe, fuera de las honorables reglas del combate en este país del sur, y teniendo como única regla su destino, saca un segundo facón escondido debajo de la mano en que se sostenía el poncho y lo mete de lleno en el cuello del militar, este casi ciego por la sorpresa es degollado al instante por el primer facón. Los otros parroquianos presentes en el duelo temblaron de ira frente al injusto desenlace. Las formas que utilizó el vencedor eran repudiables, mera trampa que se debía pagar con la vida. El héroe agotado nota a una poca distancia que toda aquella ciudad usa la misma técnica para tensar el poncho, nota también el mismo diseño en el acero de los cuchillos. El héroe huye como puede de aquel lugar bajo el asedio de una decena de estocadas. Busca salvar su vida solo para encontrar y matar realmente al demonio.

Los días pasan como un caer innumerable de soles, sobre un páramo, un salesiano saca agua de un pozo con un cuenco de madera. Sediento de días y herido aun por hábiles cuchillos, comienza a beber de aquel cuenco. En el reflejo del agua de pozo o en la locura que provoca la sed y la agonía, nuestro héroe ve el rostro abominable del demonio. Toma entonces al sacerdote por la cabeza y como un poseído lo ahoga fácilmente en aquellas aguas despiertas. Aquel salesiano no era el demonio que él buscaba, lo más preocupante, ya no siente nuestro héroe esa angustia permanente de haber fallado.

Muchos simulacros sucedieron, se visitan muchas pulperías y pueblos donde la huella del demonio está aún caliente. Los parroquianos lo han visto llegar. Algunos lo describen con el pelo rubio y ojos blancos, otros lo retratan negro y alto como un demonio africano, otros lo dicen caballero en un carruaje extraño, algunos lo describen gigante y de aspecto abominable, otros con el semblante bello de un dios. Al héroe todas estas descripciones le parecen correctas, quizás, porque las certezas lo han abandonado hace años o quizás... porque el demonio ya lo sea todo.

La última noche para ambos y en un pueblo llamado Constancia, el demonio al fin se le apareció al héroe con las formas de un anciano leproso y le dijo desafiante:

-Te has pasado toda la vida recorriendo este país del sur, asesinando a muchos hombres en mi nombre. ¡Demonio! Te has convertido en una bestia y ya ha nacido el héroe que tiene predestinado matarte.

Un facón se desenvaina otra vez, ágil y preciso como siempre para degollar, ahora sí, al demonio. El enemigo cae pesado en un ruido seco y toma en el suelo su verdadera forma demoníaca. El portador de esa muerte deja caer su cuchillo con la sangre aun latiendo en su filo. Ya no lo necesita, ensilla su caballo y escapa veloz para siempre.

# YOCASTA

A mi madre, Noemí.

## I

Los años y el vivir aquí en Constancia me enseñaron algo: seres que nacen en este mundo pero provienen de otro y arrastran consigo su entorno de origen. Siempre hubo lugares que llegaron de otros lugares, es difícil de explicarlo, yo mismo tardé mucho en entenderlo. Lugares que descienden cuando descienden ciertos espíritus. Se manifiestan lentamente con la persona y se instalan por largo tiempo. Si el espíritu que nace es bondadoso, el lugar que descenderá será benefactor; en cambio si el espíritu es perverso, el lugar que arrastrará a este mundo será infernal. Algo así como el colonizador o el simple extranjero que se instala y transforma los lugares donde reside, renombrando y simulando sus viejas ciudades. Así mismo en contadas ocasiones ciertas almas descienden o ascienden a este mundo y nos dejan la réplica de un lugar desconocido. Mi pueblo de Constancia está lleno de lugares inusitados y benéficos de personas maravillosas que lo han visitado. Pero hoy no hablaré de ellos, hoy describiré el lugar más maldito, tan maldito como el hombre que lo generó.

Seré breve. Solo una vez el pueblo de Constancia ocupó un espacio en las primeras planas de los diarios nacionales. El caso Julia Tauler transcurrió en un monótono invierno de 1997. Se presentó ante todos brutal y silencioso en un pueblo donde nun-



ca ocurre nada (o por lo menos así lo creen los que allí viven). Julia Tauler fue declarada desaparecida por su marido, el escribano Leopoldo Benítez. Hombre sencillo de un perfil muy reservado. Casi desapercibido en el pueblo a pesar de tener uno de sus apellidos más tradicionales.

Una noche de julio de 1997 el Doctor Leopoldo Benítez se acercó a la comisaría de Constanica para presentar su denuncia. Su esposa Julia Tauler de 29 años, argentina, ama de casa, había desaparecido. La policía local estuvo desorientada los primeros días, sin muchas pistas más que el testimonio de algunos vecinos cercanos a la casa de Benítez o de su escribanía en el centro del pueblo donde el doctor trabajó puntualmente durante más de 20 años. La señora Tauler no se había llevado nada de su casa. Todo estaba en perfecto orden en sus muebles. Su maquillaje (una mujer muy coqueta según dicen los vecinos) se encontraba aún en su cartera. Eso sí, los documentos de Julia no fueron encontrados por los investigadores. Todo indicaba que si la mujer había abandonado su hogar lo había hecho con mucho apuro.

Los testimonios coincidían en que a la señora Tauler pocas veces se la veía fuera de su casa y que cuando esto ocurría lo hacía siempre junto a su marido. Mujer de mediana estatura, pelo negro hasta los hombros, un semblante ovalado, tez clara y ojos café. Algunos hablaron siempre de verla fumando, de un buen ánimo, risa fuerte y una forma llamativa de vestirse. Estos detalles captaron la atención de los investigadores. Tauler era 15 años más joven que su marido. Benítez, el denunciante, era hasta ese momento el único sospechoso en la causa, aunque todavía no caía sobre él ningún indicio más que la corazonada de todos.

Desde el pueblo Mar del Sud hasta la ciudad de Quequén se veían afiches de búsqueda que el mismo doctor Benítez se había preocupado en pegar. Pagó tantos avisos en diarios locales y nacionales, en programas de radio y televisión que finalmente, el caso Julia Tauler un día estalló a todos en la cara.

## II

El encuentro entre el retirado oficial Trillo y el escribano Benítez es muy importante para la historia. Aunque de todas formas hoy sabemos que Laureano Trillo no pudo jamás atrapar al culpable y llevarlo ante la justicia. Laureano Trillo nació en el pueblo de Constancia en 1945. Vivió una infancia anónima como la de todos los chicos de familias muy numerosas que vinieron a ese pueblo chato y silencioso. Su padre, un techista que se presentó en el pueblo aquella vez en que el obrador del matadero pedía trabajadores. El sueldo era excelente y con tan solo tres meses de paga la familia Trillo pudo comprarse un pequeño terreno a diez cuerdas de la estación de ferrocarriles. El entusiasmo de aquella familia como la de otras que fueron llegando a la obra era el mismo: contarse mutuamente todas las expectativas. Laureano Trillo recuerda el rostro de su madre llorando de felicidad cuando en las noches junto a él y sus hermanos, charlaban animosamente reunidos frente al fuego, tomando unos mates y mirando la pequeña pieza de material que se iba levantando. La construcción no tenía techo, pero aun así tenía ya colocada una puerta mosquitero que su padre había conseguido de segunda mano. Aquello les daba mucha gracia a sus hermanos más chicos y no se cansaban de señalarlo. "¡Los mosquitos entran por el techo, papá!". Para Laureano Trillo, aquellas noches bajo las estrellas, el fogón con su madre y sus hermanos en el umbral de una improvisada casilla de saligna, esperando ansiosos a que su padre llegara del trabajo con una sonrisa y unas bolsas llenas de mercadería... son el recuerdo más feliz de su vida. Pero luego el matadero se terminó de construir y el empleo generoso que su padre siempre sostuvo que continuaría... ya no

continuó. Entonces, comenzaron otra vez las changas, el mal-humor, las mismas tortas fritas de cena y de desayuno, las deudas con el almacén, el vino tinto y las peleas. Sangre en la boca de su madre y en el puño tembloroso de su padre. El retorno de sus hermanos a los primeros llantos de hambre, el miedo, el silencio.

Laureano no lloraba mucho porque era el mayor. A él le correspondían muchas cosas, pero no llorar. Entre sus odiadas responsabilidades por ser el hermano mayor le correspondía salir a pedir fiado en cualquier almacén del pueblo. Con los meses su padre se fue desligando de la familia y en el recuerdo su cara se fue haciendo desconocida. Luego siguió una transformación y el rostro de su padre se pareció al de un fetiche cruel. Un ídolo tirano al que se llamaba desesperado con la mente para que trajera de vez en cuando algo para comer, pero luego al ser tratado por él como si fueran bestias, se rezaba al fin para que se vaya.

Con el correr de los años y al ser Laureano el mayor de los hijos, su madre le encargó a uno de sus hermanos policía para que lo ayude. Fue así que a los dieciocho años Laureano Trillo entró en la escuela de oficiales de la policía de la Provincia de Buenos Aires. El magro sueldo que recibía mientras hacía la carrera iba casi por entero para su madre y sus hermanos. Sus gastos de comida y ropa en la escuela de oficiales los solventaban su tío, uno de los pocos hombres buenos y honorables que había conocido Laureano pero que es intrascendente en esta historia.

Laureano Trillo con el tiempo se convirtió, sin haberlo imaginado nunca, en un oficial de policía que presta servicio en la localidad bonaerense de González Catán. Tanto fuera como dentro de su horario de trabajo, él fue un hombre siempre a la defensiva, astuto y con la mirada entrenada para filtrar todas las

intenciones de los que estaban a su alrededor. Pero no se confundan, Trillo no fue un oficial que estuviese siempre alerta al cumplimiento de la ley ni tampoco dispuesto a perseguir todo tipo de delito. Trillo (como sus antiguos compañeros de comisaría) sabía muy bien discernir entre un delito que pone en alerta a la sociedad de cualquier otro negocio o hecho ilícito que ya son parte inherente del distrito. Su rápido crecimiento y bienestar económico en los primeros años se debió a la extorsión de delincuentes detenidos y luego liberados por una parte sustanciosa del botín. Luego con la experiencia y la rutina del oficio todo se hizo más sencillo. Ya desde muy chico, al criarse con gente muy sagaz, Trillo había asimilado toda la perspicacia de su barrio. Presentía el riesgo como las bestias y abandonaba el peligro como el buen jugador abandona la partida cuando ya ha ganado mucho. Trillo para sorpresa de todos en la comisaría, toma la decisión de presentar su retiro a muy poco tiempo de cumplir todos sus años de servicio. Aquello no fue el momento emotivo que se esperaba.

### III

Como dijimos, después de prestar más de veinte años de servicio, Laureano Trillo se retiró voluntariamente de la policía. Sin embargo (preparando ya su vuelta hacia aquel pueblo de Constancia) con su olfato de investigador no podía dejar de pensar en la mediática desaparición de Julia Tauler y que ese caso, ya de hondo interés nacional, se originó tan solo a unas pocas cuadras de donde él alguna vez vivió junto a su familia.

El país entero estaba sorpresivamente en vilo por esta singular desaparición, qué decir de Constancia, ese pueblito de paso donde poco ocurría y los días se iban siempre lentamente en una mansa rutina. Pero ahora todo estaba convulsionado y la gente no paraba de repetirse una y otra vez los pocos datos y todas las mentiras que circulaban de la investigación. Todo el pueblo estaba afectado bajo el ojo atento y juez de la prensa argentina. Constancia como el hijo desapercibido de una gran familia, ahora es diferenciado y nombrado solo por una falta horrible que ha cometido. Trillo se burlaba cínicamente de todo esto cuando le preguntaban sobre el caso: "Siempre lo mismo... tantas muertes y aberraciones uno ve por todos lados. ¿Y ahora se arma tanto despelote por la novelesca desaparición de una ricachona?".

Trillo se mintió, se dijo que tendría que interiorizarse en el tema para ver si podía sacar alguna tajada a ese hombre rico y desesperado. Una mentira que le propinaba su mente compinche. Trillo, después de tantos meses inactivo, se encontraba apasionado ante este caso, desesperado como un borracho sin alcohol. Finalmente, esa sed abrasadora lo llevaría acertadamente (en tan solo una semana) hacia la única verdad.

-Hola, papá.

Laureano Trillo no avisó a nadie de su familia que partiría de González Catán rumbo a Constancia para instalarse definitivamente. Solo cargó sus cosas a su auto y partió para siempre en una noche. De ese hermoso departamento que tenía en Ramos Mejía se sabe que logró venderlo. Su plan era sencillo. Comprar una linda casa en Constancia y terminar sus días con los suyos.

Él visitaba todos los años a su familia, fueron las navidades o quizás en algunas de sus vacaciones. Los pocos años en que no pudo ir a visitar a su familia lo sumieron en un estado de profundo malestar, que solo se mostraba en una inusual crueldad en su trabajo. Su familia y Constancia lo limpiaban, era como una comulgación anual de todos los pecados que traía adheridos en su piel. Lo alejaba de la turbia comisaría donde trabajaba casi sin descanso con todas las adicionales posibles y lo alejaban sobre todo de esas calles ásperas, laberintos de muchas caras y voces que él odiaba y lo odiaban.

Su padre estaba sentado en el patio. Mirando a la nada y escuchando una radio desintonizada. Unos perros chicos salieron a torear a Trillo, quien abrió la puerta de alambre y entró sin pedir permiso. Su padre levantó la vista con miedo y pereza, no lo había escuchado la primera vez.

-Hola, papá. ¿Qué haces boludeando acá fuera tan temprano?

El viejo sonrió pícaro, aunque en realidad no escuchó mucho por los ladridos de los perros. Interpretó solo la imagen de su hijo regresando mucho antes de las fiestas y que el tono de su voz lo estaba bromeando. El viejo se puso de pie rápidamente y los dos hombres se abrazaron, solo uno lloró. Pensar que esa sombra de hombre que le devuelve la vejez fue el terror más temido por Laureano Trillo en su niñez.

-¡Qué sorpresa! ¿No, papá?

-Tu mamá se va a poner muy contenta... ¡Vieja, vino Laureano! -la voz del viejo estaba quebrada y comenzó a hacer movimientos trabados como si no supiera bien si volver a sentarse, abrazar otra vez a su hijo o salir a buscar a su esposa. La madre de Laureano gritó desde adentro haciéndose la desentendida, aunque bien había escuchado la voz de su hijo preferido.

-¿Qué pasa que chumban tanto los perros?

La puerta se escucha chocar en su lata y luego la otra puerta mosquitero abre para afuera. Aquella puerta mosquitero era la misma que miraban en aquellas noches de su niñez cuando se juntaban a cenar mate y torta frita. Era la primera pieza que levantaron apenas compararon el terreno.

-¡Oh! Laureano... ¿Qué pasó? -toda noticia, por más buena que parezca termina preocupando a las madres. Laureano solo la abrazó.

-Ya está, mamá, me retiré, me dieron un montón de plata en indemnización por los años de servicio y una pensión. Me vengo a vivir cerca de ustedes.

Aquello de la indemnización era una mentira, desde niño que miente a su madre sin ser descubierto jamás. Su madre comenzó también a llorar y a darle órdenes de mala manera al viejo para que ayude con los bolsos. En ese cambio de roles que tiene la vida, el viejo obedeció y se puso a caminar hacia la calle.

-En un rato salimos a ver a los otros y de paso vamos buscando si alquilan una casa linda.

-La inmobiliaria del Doctor Benítez se encuentra cerrada -le dice su madre angustiada-. ¿Te enteraste de lo que le pasó?

-Desapareció su mujer... sí, algo raro.

-Sí, siempre fue raro, pero es un buen hombre -dijo su padre.

-No hablemos de esas cosas tristes. Vení Laureano, debes estar cansado, te voy a preparar algo para comer.

Pero Laureano Trillo no deseaba hablar de otra cosa que de Leopoldo Benítez y de Julia Tauler.

## IV

Mientras el ex oficial Laureano Trillo y sus padres charlaban animosamente en la vereda, pasó lentamente un hombre con cara cansada y distraída en una vieja bicicleta. Al verlos sonrió y detuvo su marcha.

-¡Laureano!

-Oscar, ¿cómo andás?

Los dos hombres avanzaron para un apretón de manos.

-¿Cómo has estado todo este tiempo? ¿Cuánto es que no te veo?

-¿Tres años? En una navidad que fui a saludarte después del brindis.

-Sí, me acuerdo.

-¿Tu familia? Ya debe estar grande tu nene.

-Tengo dos, hace poco nació mi nena.

-¡Felicitaciones! ¿Y tu mujer?

-Vamos a ver si Laura retoma el año que viene, tuvo que dejar de estudiar, sabés que con la bebé se complica.

-No sé nada, soy un solterón y quiero seguir siéndolo.

Ambos comenzaron a reír. Laureano notó con tristeza que Oscar llevaba atados a su vieja bicicleta un machete, un serrucho y otras herramientas. Supuso amargamente que su viejo emprendimiento de vender pizzas se había terminado. Le sacó rápidamente un tema de conversación cuando el otro ya disponía a despedirse y seguir con su oxidado viaje.

-Sabés que a veces me pongo a pensar en las cosas que hacíamos de chicos, de cuando vivía acá. Cuando estoy en el trabajo... a veces se me vienen a la cabeza esas cosas... me termino riendo solo, como un loco.



Oscar estuvo a punto de acotar algo pero guardó silencio, Laureano continuó divertido.

-Hablando de loco, siempre hay algo que quise preguntarles a ustedes pero nunca se dio la ocasión. No les voy a preguntar a mis viejos... vos sabés que no se puede.

-Claro te entiendo.

-¿Qué es del loco Opendor?

Oscar, como si temiese esa pregunta se puso a mirar en silencio su bicicleta vieja y le contestó amargamente.

-No sé, me hubiese gustado preguntártelo a vos eso. Hace mucho tiempo. Pero mis padres, cuando era chico me dijeron con acierto que nunca lo hiciera. Que nunca te sacara el tema. Tenían razón, ¿no te parece?

-¿Te parece?

Oscar guardó silencio, pero esta vez lo hizo mirando fijamente a la cara de Laureano Trillo, su mejor amigo de la niñez, como una disculpa silenciosa.

-¿A dónde vas, Oscar?

-Tengo que ir a una casa, acá nomas, la casa de los Cornejo. Tengo que podarles unos árboles.

-Te acompaño, ¿puedo?

-Claro, vení, pero me parece que tu familia te está esperando, si querés nos vemos después de la changa. ¿Querés?

Aunque sonó como una excusa para seguir solo su camino, los padres de Laureano ciertamente miraban molestos desde unos metros junto a sus perros chiquitos. Hacía unos instantes discutían en las formas de llevar los bolsos y la delicadeza con que se debía abrir y cerrar la puerta del auto.

-No, esperá... que ahora les digo que te voy a acompañar.

Laureano se alejó de Oscar, parecía muy afectado por ese pasado que vino a buscarlo sin aviso. A simple vista, su mejor amigo de la niñez era ahora una presencia perturbadora para él y

para el pueblo. Laureano conversó con sus padres, los convenció de algo y a simple vista su madre se mostró disgustada de que se vaya. Quizás le molestó aún más esa vieja compañía que había llegado azarosamente, malos recuerdos, malos augurios. Mientras tanto, Oscar observó y acomodó las herramientas en su bicicleta solo para no acercarse a saludar a esos dos viejos. Laureano enseguida volvió con él y se pusieron a andar juntos.

-Además de jardinería, ¿qué otra cosa estás haciendo, Oscar?

-De todo un poco. Albañilería, plomería, electricidad...

-Mirá yo quería venir a vivir otra vez a Constancia, ya vendí todo por allá. Pensaba comprarme una casa en esta semana, pero viendo hoy que el más chico de mis hermanos ya dejó la casa de mis padres, pensé en vivir un tiempo con ellos hasta que me vaya haciendo mi casa. ¿Entendés? Una casa como yo quiero, y no vivir en una de esas casas vetustas del pueblo. ¿Qué te parece? Nos podemos juntar con tiempo a ver detalles y me sacás un presupuesto.

-Mirá, yo ahora ando con mucho trabajo pero apenas tenga un espacio te aviso. ¡Qué bueno que te vengas a vivir acá!

Por su oficio, Laureano Trillo tenía experiencia en muchas cosas, como Oscar también las debía tener en albañilería. Por ejemplo, Laureano sabía con certeza que su antiguo amigo le había mentado en todo lo que dijo. Laureano sabía que Oscar maldijo el momento en que pasó por esa cuadra para ir a la casa de los Cornejo. Oscar no tenía más trabajo que el de unas pequeñas changas y sobre todo consideraba una maldición sobre su vida el hecho de que Laureano volviese a vivir en Constancia. Oscar fue su gran amigo, al igual que muchos otros que le dieron la espalda en las últimas veces que volvió al pueblo. Laureano estaba molesto y solo se le ocurría incomodarlos a todos con su compañía, sacarle a Oscar de una buena vez de su boca su desprecio, su verdad y la causa velada de su dolor.

-Che, Oscar... ya que no me contestás mucho. ¿Te puedo

entonces contar algo yo?

-Es que justo ahora quedé en podarle unos árboles a los Cornejo.

-¡Dejá de romper las bolas con los árboles de los Cornejo! ¿Cuánta mierda te pagan por eso? ¿Treinta pesos? ¡Yo te doy cien pesos... doscientos pesos! ¿Cuánto querés para escucharme un rato? ¿O vos te pensás que te creo cuando me decís que después del trabajo vas a venir a verme? ¿Te pensás que soy un pelotudo? ¿Qué mierda te hice a vos?

Los gritos sorprendieron a Oscar y lo detuvieron confuso. Por su trabajo Laureano Trillo podía entrar en ira rápidamente y en cualquier momento, como los buenos actores también suelen producir rápidamente un llanto ficticio.

-¿Y vos te pensás que necesito tu plata? ¡Rajá de acá!

Oscar empezó a caminar rápido y se subió a la bicicleta para irse. Laureano corrió y le tomó seguro el manubrio.

-¡Soltá! ¡Soltá, carajo! -le ordenó Oscar.

-¡Escuchame! Escuchá algo que tengo para contarte, nada más eso... Después si querés no me ves nunca más en tu vida.

Oscar detuvo su bicicleta en silencio y la apoyó delicadamente sobre un árbol, luego se sentó en el pasto contra otro árbol. Laureano observó todos esos movimientos y le dijo:

-Acá no, vamos al *Trompezón*, así hablamos tranquilos.

-Yo no quiero ir a ningún lado, dale, decime lo que querés decirme, tengo cosas que hacer.

-No te tengo que decir nada.

Laureano Trillo, quien no tenía el mismo estado físico que Oscar, hizo unos preparativos extraños para sentarse en el piso.

-Más que nada te quiero contar algo que me pasó, algo que nos pasó aquella tarde en las orillas del Estigia. En ese último año en que fuimos todos buenos amigos. Escuchame, es la historia de unos chicos que hacían travesuras y después me contás vos...

## V

### El loco Opendor

-Me acuerdo que en el barrio había un loco, “El Opendor”, lo llamábamos así porque la madre del Cholo le había dicho que estuvo en un hospital psiquiátrico de Luján llamado Open Door. ¡Para que no lo estuviera! Era completamente pelado y en esa cabeza desnuda tenía escritos muchos jeroglíficos que siempre creímos hechos con una crema para zapatos, aunque supimos después que fueron realizados con una extraña y antigua forma de tatuado que trajo de Brasil. Llevaba un sobretodo hasta el tobillo y una altura similar a la nuestra, algo petiso por la edad que tenía, cincuenta y tantos años. Le faltaban varios jugadores al pobre, tenía una bolsa de esas que se usan para las compras siempre llena de no sé qué cosas (el loco Opendor era todo conjeturas) que llevaba a todos lados. Recuerdo que esa entidad tan horrorosa iba por la calle, pronunciando silenciosamente, como si tratara de memorizar algo, deleitándose con esas palabras inteligibles, idiotas como aquellas que habitan en su negra caverna. Tenía un pasado que lo llevó a ser lo que era y eso mantenía su mayor misterio, por ejemplo, nadie sabía dónde vivía ni de qué vivía. Oscar decía que lo vio en una noche meterse en donde estaban los trenes abandonados, en cambio yo lo he visto enfilarse para el río y su monte de acacias negras en una noche que llovía a cántaros. Su morada era todo un enigma por resolver, sentíamos que si no lo hacíamos no podríamos llegar a descubrir, ninguno de los otros misterios del universo. Cuando pasaba por donde estábamos nosotros le gritábamos: “¡Eh, loco... degenerado... hijo de puta!”. Le tirábamos piedras a mansalva.

El loco se daba vuelta, pero en ningún momento perdía su postura de jorobado estúpido. Aunque la mayoría de las piedras lo alcanzaban, solo acentuaba sus murmuraciones y fruncía el ceño, quizás entonces dejaba lentamente en el suelo su bolsa (como si de una frágil criatura se tratara) y solo al terminar de hacerlo perdía toda su compostura para comenzar a correr. No era un correteo de media cuadra para asustarnos y que ya dejáramos de joderlo. Las carreras eran de varias cuadas, lo que tomábamos como un juego pasaba a ser un ataque de pánico ya que Opendor sacaba quien sabe de dónde una velocidad impresionante. Más de una vez nos obligó a meternos en el almacén del paraguayo, hombre alto y gritón, fácil para la risa como para su cuchillo fiambarrera. Este guaraní bravo nos recibía siempre fraternalmente y sacaba al loco a las puteadas. Opendor, se notaba por la jeta que le tenía mucho miedo al guaraní, se volvía piola, tomaba su bolsa mugrosa delicadamente como la había dejado y continuaba su marcha y sus murmuraciones. Esta escena se producía seguida cuando no teníamos nada que hacer. Siempre un piedrazo en un lugar sádicamente gracioso o uno que cae o que grita afeminadamente cuando cree que un fugitivo igual a él es el loco Opendor a punto de alcanzarlo.

Y detrás de todos esos pibes tan idiotas, duros, groseros, valientes a veces... mis antiguos amigos, mosqueteros de una única y vieja pelota. Detrás sus casas tan parecidas, con sus mil perros y hermanos. Ya no es gracioso verlos jugar a ser grandes porque toda su vida jugarán a ese juego.

Erase una vez que veníamos en un inusual silencio de jugar un campeonato de fútbol en el colegio de curas. El silencio se debía a la derrota honorable pero dolorosa que acabábamos de tener por un gol en contra. No veíamos la hora de llegar a nuestras casas, sin embargo, sitíamos la esquina y caímos sobre la cortina metálica del almacén. Ninguno se animaba todavía a profanar el silencio que merecía la derrota, esperábamos que el

Cholo terminara de tomar agua cautelosamente de la canilla de doña Rosa -vieja terrible para las acusaciones-, tomábamos de a uno a la vez, yo venía después del Cholo y todo se debía ejecutar con movimientos silenciosos al estilo comando, si la vieja nos escuchaba, salía a echarnos.

Ya sentado con las piernas separadas, apoyado con las manos hacia atrás, hablaba el Rata de sucesos del partido, respaldándose en la injusticia para evidenciar la derrota. Siempre me interesó lo que pensaba y lo que hacía el Rata, sentía silenciosa admiración por su rotunda negativa en contra de esa maldad desmedida, esa a la que diariamente se nos tentaba desde la mutualidad y el aburrimiento. Si empezábamos a tirar piedras al tren, él nos detenía con insultos y amenazas. Si íbamos a mojar a una piba en carnaval, él decía quién era la adecuada y se oponía severamente a cargar nuestros pomos con el agua podrida de alguna zanja. Yo era flojo en eso, de los que se dejan llevar por la mayoría, cuando se empezaba a organizar el mal colectivo yo era uno de los primeros en sumarse.

Cholo le ponía atención a lo que decía el Rata, lo escuchaba y opinaba alguna estupidez de vez en cuando. A su izquierda estaba el Negro con la cabeza hacia atrás, las rodillas casi tocando su pecho y sus manos apoyadas en el suelo. Oscar que era mi mejor amigo, atravesaba la vereda con la panza al aire y con un tallito de pasto saliéndole por la boca, lo movía de un lado a otro y se detenía para escupir o acotar.

La primera vez que conocí a Oscar fue en quinto grado. Yo era compañero desde cuarto, pero él era de los que se sentaba adelante y por lo menos en nuestra aula había una línea ecuatorial que dividía dos grupos, “los de atrás”, decía la maestra cuando hacíamos algún tipo de anarquía. “Los de adelante”, decíamos los de atrás cuando nos olvidábamos de hacer la tarea y salíamos a mendigarla. Pero hubo una mañana en que esa línea ecuatorial de cuarto grado se transgredió. A la maestra se le

ocurrió hacer un trabajo grupal por orden alfabético. A mí me tocó con Oscar y teníamos que pasar a buscar al Rata para juntar bichos y ponerlos en alcohol, una verdadera canallada.

Desde la casa de Oscar a la del Rata habría unas ocho cuerdas, pero bastaron para que nos pusieramos a conversar como si nos conociéramos desde siempre, ya faltaban dos o tres cuerdas cuando nos empezábamos a reír de no sé qué estupidez, con tantas ganas, que cuando aplaudimos en la casa del Rata a falta de timbre, nos seguimos riendo. Lo que parecía una madre atareada salió a recibirnos, observaba nuestra carcajada irreprimible mientras se secaba las manos con un repasador.

-¿Sí? -preguntó

-Hola, señora, ¿nostá el Rata? -le dije entre risas.

La madre con voz y cara de asombro nos preguntó:

-¿Qué rata?

En ese momento me percaté de lo estúpido que había sido, Oscar también y para cubrir mi idiotez le respondió con otra:

-Su hijo, señora.

Ella nos mostró una sonrisa débil, quizás por la noticia de que tenía por hijo una rata. “-¿Qué hijo?”, siguió preguntando.

Nosotros tratando de arreglar la torpe presentación, tratamos inútilmente de memorizar el nombre pero nos dimos cuenta de que jamás lo habíamos escuchado. Solo se lo conocía como Rata, Pérez o bostero cuando jugaba a la pelota con la casaca boquense. En segundos se cambió de humor, desesperados tratábamos de describir su cara parecida a la de una rata. Oscar haciendo ademanes en su cabeza trataba de imitar los rulos del Rata con sus dedos. La señora, sin tiempo ni ganas de presenciar la calamitosa representación de su hijo, resolvió decirnos: “Esperen acá, ahora veo”. Luego comenzó a gritar sarcásticamente *rata* por toda la casa.

Pensamos en ese momento lo horrible que es para una madre saber que la sociedad tilda de rata a su hijo. Quizás, espe-

ranzada en las noches o recién mientras lavaba los platos, lo imaginaba doctor o presidente hasta que dos niños ignorantes de un nombre lo rebajen al “Rata”, ¿qué puede imaginarse esa madre? “Este debe estar en una banda delictiva”, si antes veía a un futuro profesor ahora veía a un pirata sanguinario. El Rata será una sombra eterna, lo adivinamos y sentimos compasión.

No se logra dar la importancia que deberían tener los apodos y nosotros lo sabíamos, sabíamos que Opendor se lo había ganado por algo y más que todos.

Después de la derrota, abandonados en el umbral de un almacén cerrado, salió al fin la palabra, la idea de ir a bañarnos a la laguna Estigia. Hubo muchas negativas pero finalmente emprendimos la caminata.

El día prometía un hermoso dibujo crepuscular al despedirse. El pueblo de Constancia volvería pronto a sumirse en la negrura abrumadora. Allá en Constancia no es como en las grandes ciudades en donde el movimiento continuo y las luces artificiales repliegan a la oscuridad desde todos lados. En Constancia los hombres toman como ejemplo el sueño fotosensible de las gallinas y la noche se vuelve tan silenciosa y abrumadora que penetra hasta los huesos de los mismos seres. La noche mueve las cosas, hace vibrar la chapa de los techos, despierta como hijos a lobisones, pomberos, brujas y emana de los muebles un quejido horrible, como si el árbol muerto estuviera todavía agonizante. Todos allí lo saben, la noche en Constancia duele.

Una vez en esa agua fría, se olvidaron todos los esfuerzos por alcanzarla, pero lo que más nos hizo olvidar el cansancio fue lo extraño de ver al loco Opendor caminando por esos lugares, haciendo lo posible para simular que no nos había visto.

Sin emitir palabra pero con una demoníaca sonrisa, el Cholo, el Negro y yo salimos del agua corriendo, temblando y en puntas de pie para esquivar ortigas y cardos. Nos dirigimos a la calle que cruzaba el río a modo de puente. Impulsados por la



poderosa fuerza de la maldad, emprendimos la pequeña subida y ya antes de llegar a la calle sondeamos el terreno, clasificando las mejores piedras para la silenciosa estrategia de ataque y fuga desenfrenada. El Cholo, en calzoncillos, recogía piedras y las hacía saltar en la mano probando su efectividad. El Negro y yo nos reíamos solo de vernos y peleábamos con el pie por algún proyectil perfecto para la misión que debía suceder. Los otros dos, Oscar y Rata, nos chistaban para que dejáramos de hacer ruido, que no lo avivemos a Opendor que se dirigía orgullosa y provocativamente despacio rumbo al pueblo.

Nos miramos sonriendo como señal de ataque y empezamos a correr, gritando y puteando hacia el loco. Este solo caminaba jorobado, con su singular paso y con su insuperable bolsa mugrosa. Esa tarde las piedras surcaron el cielo como una notable bandada de pájaros idiotas. La recordada guerra continuaba en otro escenario. El loco se dio vuelta y las piedras comenzaron a elevar el polvo del piso. Malón desenfrenado que avanzaba ahora de cara al enemigo y como el que apuesta a la ruleta solo para seguir apostando, no teníamos otro propósito que la adrenalina de cada batalla. Arrojábamos piedras e insultos contra un enemigo que se mantenía a la defensiva, como si solo quisiese tapar el sol con el codo. Nos sentimos poderosos y a consecuencia libres, pero siempre las piedras se terminaban. El Cholo corría torpemente por subirse un calzoncillo resbaladizo y se iba quedando rezagado. El Negro supuestamente me seguía detrás, a mi izquierda. La empresa era un fracaso, ninguna piedra le había acertado y el loco ni se había molestado en abandonar su bolsa y corrernos como de costumbre. En cambio yo corrí y corrí hasta estar tan cerca como nunca del loco, tomé la piedra perfecta y la arrojé con todas mis fuerzas, hizo un camino horizontal y cierto en la frente de Opendor, el instante largo del rey David. Se la tomó con ambas manos y yo ya giraba para comenzar mi fuga. Divisé cómo el Cholo y el Negro corrían una cuadra más ade-

lante, me habían dejado demasiado atrás para un cobarde de Opendor como era yo. El espanto me daba velocidad, ¿pero qué supera la aceleración del odio? Vi a los otros dos meterse en el lago y empezar a correr en el agua. Me resbalé en la bajada y caí con un grito de dolor al Estigia. La sangre y el lodo se empezó a unir donde termina la columna. Corrí con el agua hasta la cintura escuchando al loco caer detrás de mí, igual que como lo hice. Sus murmuraciones irracionales se acentuaron al tocar el agua y casi logra aferrarme de un manotazo que dio señas como una mano de viento. El agua no me dejaba avanzar, como si un millar de fantasmas efímeros se me estuvieran aferrando en un sueño, en una pesadilla. Mis pies se enterraban en el cieno de la profundidad y con la magia del espanto había veces que no llegaba a tocar ese suelo subacuático que ya daba otro paso y otro respiro sordo. El lodo llegaba perturbado a la superficie y esta parecía teñirse de sangre a nuestro paso. Mis amigos empezaron a desbandar hacia la orilla y les sorprendió -aún más a mí- que Opendor no siguiera a ninguno de ellos, entender eso nunca favoreció las cosas. Doblé hacia la orilla con una respiración llena de quejas y una mente llena de murmuraciones infrahumanas, chapoteos desesperados que parecían dejar una huella a cada paso, pero estaban ahí palpitando a centímetros. Vi a Oscar mirarme atónito, me dirigí hacia él en ese socorro desesperado pero se movió hacia un lado, solo yo era quien traía aquel mal. Me aferré a una planta que se mantuvo fuerte a pesar de crecer en la orilla enlodada y comencé a escalar la abrupta pero pequeña pendiente que llevaba a tierra firme, sentí en esos momentos los ásperos y fuertes dedos del loco aferrándose a mi hombro, tan fuerte apretaron que resbalaron al instante y comencé así la carrera fatigosa por entre los cardales. El yuyo de la orilla se negó a ayudar a Opendor y cayó en el agua del Estigia. Los cardos ya comenzaban a cortarme la piel pero de todas formas no importaba, era ya la presa y eso a las presas no les importa, ellas

son lo que su cazador quiere que sean. El loco con sobretodo y botas salió con dificultad del agua, comenzó a correr libremente y sin dolor tras su presa. No olvidaré jamás su cara deformada de maldiciones, murmuraciones, el ruido de sus botas llenas de agua ni tampoco sus ojos que al seguirme parecían no mirarme, sino a otra cosa, nunca lo vi mirar a nadie. Parecía una pesadilla, pero empeorada por la realidad mostrada por un sol naranja, no era un sueño, nunca hay sol en mis sueños.

Ya estaba demasiado cansado para seguir corriendo, una puntada a la altura de las costillas me torturaba al respirar y cientos de cardos rasguñaban mi piel como lo hacían las manos fantasmales debajo del agua. Qué gran mentira cuando dicen que el pánico no deja lugar al pensamiento, nunca pasaron tantas alternativas de fuga y deducciones sobre mi próximo destino como en ese momento, pensé en morir, volver a nacer y volver a morir, pensé en el paraguay, en una babosa retorciéndose bajo el sol, en mi viejo, en la mirada de Oscar cuando pedí su ayuda, pensé en una mujer mirándome, mirándonos a todos, en un árbol y en el sol naranja que absorbía a las acacias del fin de la tierra, en la escuela, en la chica que me gustaba y que pasó a ser la mujer silenciosa que me observa y observa a todos, pensé otra vez en la muerte vista de diferente modo, en el loco detrás, en su mirada que no mira, en su odio, en pedir perdón, en seguir corriendo hasta la estación muerta del ferrocarril, pensé en mi madre llorando, todos llorando, pensé en la Estación otra vez: “Tendría que correr hasta la calle de tierra y serían unas cuadras, el loco no podría saltar aquel alambrado”.

Corrí como debería hacerlo un leproso, mi pierna derecha no podía pisar bien y el dolor al respirar era insoportable pero de todas formas, de centímetros que me separaban del loco ya había sacado varios metros de distancia. Cabe destacar que, a diferencia mía, él no pensaba en desistir y dejarse caer en el camino. Opondor quería correrme para siempre. Salté una pequeña zanja

y corrí lo más rápido que pude para poder prenderme del alambrado oxidado, toda esa tela empezó a danzar con mi llegada. Pasé por entre una corona de alambres envejecidos que enseñaban sus púas y cortaron mi espalda a la altura del omóplato. Pero eso no es nada para una presa, tampoco lo tiene que ser la caída que le sucedió, siempre es escapar.

El loco Opendor saltó furioso al alambrado, pero más que eso no pudo hacer pues con sus botas le era imposible trepar por entre los resquicios del tejido, gemía de rabia y yo lo observaba sentado, él no me miraba, se miraba a sí mismo agitar el alambrado como una bestia, a sus botas impotentes resbalando una y otra vez. Me levanté sin esfuerzo y corrí hacia los trenes abandonados, el loco comenzó a gritar y correr en sentido contrario, seguramente en busca de una entrada secreta por entre los cardales, yo conocía esa entrada y parecía que Opendor también.

Cada vez sacaba más distancia, pero de todas formas el loco Opendor podía seguir corriendo toda la eternidad, en cambio yo dudaba en el suicidio de seguir descansando un momento más. Troté a la par de un tren corroído y avistando siempre la ausencia de Opendor a mis espaldas. Entre sus ventanas y puertas siempre rotas y abiertas, divisé la línea de furgones que comenzaba paralela a la línea en que estaba. Me dispuse atravesar aquel tren interminable por una de sus puertas abiertas, en ese instante, dentro de ese temible tren tuve la primera visión, ya la segunda me acompañaría toda la vida como un único estandarte. Por entre los vagones de aquel tren abandonado, solo por unos instantes en aquel pasillo pavoroso, vi a mis padres, ellos solamente estaban allí parados sin hacer nada, mirando al suelo sin ver. Iba a gritarles algo cuando volví a la realidad, la peor de todas, aquella en que el loco Opendor me perseguía. Recomencé la fuga y bajé de aquel tren. Alcancé los furgones herméticos en busca de una esperanza de refugio. Seguí trotando, aun libre de la visión del loco tras mis espaldas, costado en ambos lados

por esas máquinas muertas corría con la esperanza de encontrar una abertura salvadora antes de que el loco cruzase el alambrado. Divisé el último o el primer furgón que descansaba sobre los rieles oxidados. Miré hacia atrás buscando con suerte la ausencia del loco. Una vez más admiré aquel tren abandonado que quedaba frente a mí, entonces su presencia me volvió a enloquecer en una segunda visión... esta vez era una joven la que me observaba desde aquella maquina herrumbrada, vestida con las ropas que antiguamente usaban los trabajadores del ferrocarril, me miró atentamente con una gran cicatriz cruzándole toda su cara. Estaba confundida, como si no lograra distinguirme, luego desapareció. Aunque hubiera podido jurar que conocía a esa niña de algún lugar. Pasé hacia adentro del furgón por entre la abertura que dejaba la compuerta corrediza y luego averigüé que esta se podía arrastrar perfectamente, me pregunté cómo era que no habíamos visto nunca con mis amigos este furgón extraño, como es que podía cerrarse perfectamente desde adentro con una traba improvisada.

Cerré la puerta intentando eludir el chillido y una vez dentro tanteé el gancho que vi antes de la oscuridad y trabé con él la compuerta. Encerrado en ese furgón con una oscuridad abandonada y un ser más antiguo que la misma tierra tratando de matarme. Supe que no debía hacer ningún tipo de ruido hacia un campo que lo desparramaba como plaga, pero era imposible en ese lugar que ya gemía con rechinamientos oxidados solo con pasar el peso de un pie al otro. Divisé un cono alargado fino de luz que se proyectaba desde una esquina del techo, pensé en una chapa debilitada por el óxido al ver la mancha deforme en el piso. También noté un cono de luz más débil a la altura de mi cintura, en una esquina. Solo necesitaba quedarme quieto y esperar lo que sea, con los brazos y piernas cruzadas, los dientes magullando. Un pantalón de fútbol era lo único que me cubría además del barro que se iba coagulando. Suspiré y evocé la

imagen de los pibes contándole todo a mis padres, también mantuve la imagen de esa mujer que me observa y nos observa a todos con las ropas del ferrocarril. Siempre pensé en aquella segunda visión, que a diferencia de la primera era como un llamado encandilador, una advertencia amable.

Sin poder aguantar más las heridas de los pies, levantaba uno y luego el otro, atenuando en lo posible el aullido del metal. Todos mis sentidos estaban al máximo ante cualquier ruido que proviniese del exterior, me vi llorando sobre la calma hasta que un estampido dio violento contra la puerta, trastabillé hacia atrás y caí sentado, noté un colchón bajo mi mano derecha y escapé de él hacia el rincón de la luz pequeña. Escuché en ese terrible afuera las murmuraciones del loco Opendor, parecía lejana su voz monstruosa, sus pasos y su jadeo eran también distantes, solo se sabía cercano cuando golpeaba a patadas o con un palo el lomo metálico del furgón. Me vi ahogándome en mi propio llanto, acurrucado y al borde de gritar para siempre en espanto. Pero mi alma prefería siempre mantenerse lo más oculta del loco. Solo abrazar mis piernas y esconderme entre ellas de aquel que agazapa desahogado, golpeando la chapa en un ritmo demente, estruendos que empiezan y acaban en la sorpresa, la atenta expectativa del furgón que me protegía paciente. En ese momento en que solo mi llanto quedó suspendido en la oscuridad quise aplacarlo solo para oír lo que hacía Opendor, pude escuchar al pasto seco chocarse con violencia, chocando la chapa y que la débil luz que emergía de la esquina había desaparecido del piso, desperté mi cara de entre las piernas para ver otra vez el agujero oxidado, mi vista fue filtrando la oscuridad hasta encontrar en él al ojo que no mira y donde se centra todo mi espanto, aquel ojo me buscaba, de nada me sirvió saber que le era imposible verme en la oscuridad, la quietud solo se mantuvo hasta que nuestras miradas se cruzaron. Escapé hacia atrás tropezándome con todo lo que se interponía a mis espaldas. Al-

guien vivía en ese furgón y le acababa de tirar varios muebles, latas, trapos y botellas. Sentado ahora en el medio de todo eso, la respuesta reveladora cruzó fugazmente mi cabeza, había encontrado finalmente la guarida del loco Opendor, uno de los enigmas que cubrían a aquel hombre, aquel que en ese momento golpeaba y golpeaba el mismo hierro que una vez lo protegió.

El final de ese día y toda la noche estuve sitiado por el loco que no se cansaba de apalear las paredes, de gritar cosas incomprensibles y murmurar para siempre lo que debían ser insultos que el solo entendía, en esa atenta vigilia lo escuchaba tratando de descifrar algo, lo escuchaba, aunque no lo deseaba y cada golpe torturaba a cuentagotas mis nervios, mi alma. Recé cientos de padres nuestros, hice juramentos e imaginé aún más veces la forma en que me rescatarían, pero luego ese sentimiento se había enfermado hasta que ya no lo deseé y lo convertí en otro. No había instante en que no temiera ver abrirse la puerta, por eso espantaba la luz, la unía a lo externo, la relacionaba con la entrada de Opendor y mi muerte. La oscuridad me protegía con paredes de chapa, satíricamente, siempre se termina colocando el temor más en la protección que en el mal del que nos protege. Eso también aprendí en esa trágica noche donde estuve pensando en que la puerta cedía, en vez de en el loco que había detrás. También pensé que la protección me mataría de una forma más tortuosa que la que tenía preparada el loco. El guardián surge como el verdadero enemigo y temí en la madrugada que el furgón terminara matándome de sed y hambre. Pensé también seriamente en suicidarme y luego me permití pedirle a la joven del ferrocarril que me ayudara. Luego lloré insignificamente, con la desesperanza en todos mis ruegos y con la redoblada fuerza de todas las pesadillas que habitaban aquel lugar.

Ya en esas horas, a poco de que la noche se destejera por completo, aquello me llegó a preocupar tanto como el loco de afuera. Como quien se da cuenta la probabilidad de no ser jamás

rescatado de una isla abandonada, comencé a inspeccionar el lugar en busca de agua y comida. Mi olfato sentía olores nauseabundos, mis oídos se iban de a poco a los habituales golpes de Opendor en las paredes, mis manos por la oscuridad como caracoles que se deslizaban temerosos. Encontré muchos libros, diarios y platos con algo pegajoso dentro, eran más de veinte. El loco seguía mis desplazamientos por la chapa y gritaba donde él sentía que yo estaba. Noté la presencia de otras cosas que no sabría decir qué eran, artefactos raros, inyecciones o armas extrañas, también encontré velas por doquier pero no encontré con qué encenderlas, tampoco el agua que había salido a buscar. Opendor sabía que estaba tocando sus cosas y eso lo enfurecía cada vez más.

Llegaba el crepúsculo otra vez y ya me había tomado medio vino que encontré junto a un encendedor. Con este encendí una vela por unos segundos sigilosos y vi su altar con estatuillas de piel morena. Había una que robaba mi atención sobre todas, era una figura de un material extraño, una doncella de brazos delgados y un árbol como trono. Entre otras cosas curiosas estaban por todos lados unos jeroglíficos escritos en el óxido que se produce al lastimar las paredes de chapa.

Opendor fue dejando de hostigarme, masculló más tranquilo sus maldiciones y lo escuché alejarse. Terminé aquel vino e investigué el lugar hasta quedarme dormido. Fue un error, el loco al contrario de lo que pensé, no durmió, quizás nunca duerma aquel hombre, quizás siempre esté pensando en matarme.

Con un delgado alambre que dejó pasar por la rendija levantó el gancho que trababa la puerta desde el interior. El ruido seco y metálico me despertó, sentí la luz por entre los párpados que escondían mis brazos y mis piernas. Sentí la luz y que iba a morir.